

Diego Felipe Paredes
dfparedesg@gmail.com
CILEP - Colectivo Contracultura

El saber de la práctica

Hacia 1925, el anarquista español Diego Abad de Santillán, escribía en el diario argentino *La Protesta* las siguientes líneas:

“Rechazamos la legislación previa del orden social del futuro; rechazamos esas pretensiones de someter el desarrollo de acontecimientos que todavía no se han producido a los postulados de los programas trazados por adelantado, en circunstancias tan diversas. Y rechazamos más enérgicamente aún ese programa cuando es erigido como un decálogo para toda la sociedad”¹.

En estas palabras, Santillán recogía la postura de la tradición anarquista frente a la necesidad de un programa. En vez de un modelo previo capaz de regular y ordenar de antemano los acontecimientos, se proponía aquí la confrontación directa con la singularidad de los sucesos. Esta posición fue pronto ridiculizada por todo aquel que pretendía tener un claro plan de sociedad futura en su cabeza y que veía el enérgico rechazo libertario al programa como causa de dispersión y desorden. Sin embargo, en estos pensamientos de Santillán, se expresa –como veremos más adelante– una interesante concepción de la práctica humana y, por ende, de la política. Aquí se entrevé que los asuntos concernientes a los seres humanos en plural, no pueden ser medidos con los criterios de la fabricación. Santillán lo expresa claramente un poco más adelante:

“Se dice que nada se construye sin un plan previo; pero al decir esto se tiene en cuenta al arquitecto que edifica una casa; ahora bien, los hombres no son piedras manipulables a capricho y que ocupen el puesto que se les destine; al menos no serán piedras unánimes cuando despierten a la noción de sus derechos”².

¹ Frank Mintz y Antonia Fontanillas. *Diego Abad de Santillán. Historia y vigencia de la construcción social de un proyecto libertario*. En: Revista Anthropos, Suplementos #36. Barcelona: Editorial Anthropos, Enero de 1993, p. 9.

² *Ibid.*

Acostumbrados, en nuestro tiempo, a una exaltación de la práctica entendida como aplicación de teoría, las anteriores palabras no parecen tener mucho sentido. En efecto, en la sociedad contemporánea la práctica es concebida como la materialización y concreción de un modelo teórico. Siendo así, ella ha devenido sospechosamente indistinguible del hacer de la fabricación que aplica un saber previamente validado a la realidad, previendo y planificando los resultados. La práctica humana se confunde entonces con la labor del arquitecto que señala Santillán.

Ahora bien, como lo evidencia el texto de Santillán, esta identificación entre la fabricación y la práctica no ha sido un lugar común en toda época histórica humana. Efectivamente, al remitirnos a los griegos, encontramos que ellos no concebían la práctica de la misma manera que lo hace la sociedad contemporánea. Aristóteles, por su parte, distinguía entre *tekhne* y *phronesis*, términos que se apoyaban en la diferencia entre *poiesis* (fabricación) y *praxis* (acción). Para el filósofo griego existe una diferencia entre la *tekhne* que se realiza bajo la guía de un modelo previo y la *phronesis* que responde a la exigencia de cada situación concreta. A manera de un ejercicio hermenéutico, en este artículo no buscaremos captar la distinción aristotélica entre *tekhne* y *phronesis* en su pureza, sino intentar dialogar con la tradición griega desde nuestra particular situación. En otras palabras, después de un breve recorrido por la distinción aristotélica, trataremos de señalar su pertinencia para el desarrollo de la práctica en nuestro tiempo y su relevancia para una visión política libertaria.

Tekhne y Phronesis

En el libro VI de la *Ética Nicomáquea*, al realizar un examen de las virtudes intelectuales, Aristóteles expone el saber de la *tekhne*³. Usualmente traducida al español como “arte”, la *tekhne* no nombra la actividad del artista, sino la habilidad mediante la cual el ser humano produce algo. Como es conocido, el saber utilizado en el proceso de producción es completamente determinado por el uso del objeto a producir. Por ejemplo, para retornar al caso del arquitecto, la construcción de una casa depende enteramente de la función de la misma: los materiales y los procesos necesarios de construcción se escogen según las

³ Cfr. Aristóteles. *Ética Nicomáquea*. Madrid: Gredos, 1985, 1140a 1-22.

exigencias del producto final. Sin lugar a duda, lo que se evidencia entonces es que el proceso de fabricación se encuentra enmarcado dentro de la racionalidad de medios y fines.

En esta racionalidad, es el fin el que organiza y produce los medios y, por ende, todo el proceso es justificado en función del resultado a conseguir. Es precisamente en este sentido que Hannah Arendt señala, en *La condición humana*, que afirmar que el fin no justifica los medios es hablar en términos paradójicos, “ya que la definición de fin es precisamente la justificación de los medios”⁴. Ahora bien, esta racionalidad de la fabricación trae consigo algunas consecuencias que merecen ser tenidas en cuenta. Una de ellas consiste en evidenciar que, en este proceso, lo particular no tiene un sentido independiente de aquél que le es otorgado por el producto final. Así, los elementos singulares para la fabricación de determinado objeto, son unificados en función del resultado, perdiendo su especificidad. Como veremos más adelante, en esta pérdida se encuentra precisamente la anulación de la pluralidad, es decir, de la posibilidad de que los elementos puedan diferenciarse unos de otros.

Ahora bien, el saber de la *tekhne*, que es determinado por la función del objeto, es un saber previo. La fabricación es siempre guiada por un modelo que precede al proceso mismo. Por ejemplo, en la construcción de una casa es necesario tener unos planes de antemano que determinen cada paso a seguir. Es de esta forma que, en la aplicación de un diseño o saber previamente validado, se evidencia la planificación inherente a toda fabricación. Exista en ella la necesidad de ajustar todo posible suceso al modelo original, sin dejar cabos sueltos. Claro está que cada aplicación puede traer consigo algunas modificaciones, pero éstas últimas no alteran sustancialmente aquel plan que se tiene de antemano. Por eso en la *tekhne* hay cierto afán por prever los acontecimientos y determinar anticipadamente los hechos. Pero además, es interesante señalar que el modelo que guía el proceso no es modificado en la fabricación. Este modelo no desaparece con el proceso de producción, sino que permanece aún cuando se hayan fabricado los diferentes objetos. El modelo es entonces una forma que, aunque guía la materialización de su diseño, no debe ser confundido con cada objeto material; lo que evidencia que el modelo se distingue del carácter múltiple y perecedero de sus productos.

⁴ Hannah Arendt. *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 1993, p. 249.

Pero, como se mencionaba más arriba, al saber de la *tekhne*, Aristóteles contrapone la *phronesis*⁵. Esta virtud, entendida en el marco de la ética aristotélica, es la capacidad para deliberar rectamente⁶ en el ámbito de la acción. Claramente el saber al cual se hace aquí referencia no es del género de la producción, por el contrario, con él se alude a un buen sentido del actuar, a un razonamiento que responde a la situación concreta. Así, contrario a la *tekhne*, la *phronesis* no se orienta por un modelo, no hay en ella una idea previa que pueda determinar todos los casos posibles. Lo que se evidencia entonces es que la *phronesis* no remite a un saber planificador, sino a una confrontación con la especificidad del acontecimiento. Precisamente la particularidad de la situación demanda una respuesta que es cada vez distinta y que no puede ser obtenida de antemano.

Sin embargo, aunque la anterior caracterización de la *phronesis* nos indica que en ella no se aplica una ley universal a un caso particular, esto no excluye que la *phronesis* sea un cierto tipo de aplicación. No obstante, como señala el filósofo alemán Hans-Georg Gadamer, el concepto de aplicación, en este sentido, es ciertamente problemático, ya que, aunque sólo se puede aplicar algo cuando se posee previamente, el saber de la *phronesis* no se puede poseer y luego aplicar a la situación concreta⁷. Así, a lo que apunta aquí Aristóteles con la aplicación de la *phronesis*, es, a que este saber, no se determina con la independencia de la situación. Mientras que en la *tekhne*, el saber del arquitecto se orienta por la idea de casa, en la *phronesis* no hay una idea de lo justo, que pueda ser aplicada a todos los casos, sino que, cada situación, exige una deliberación y es a través de esta última que se puede determinar adecuadamente lo que sería justo hacer en cada caso específico. Por supuesto esto no debe remitir a la total contingencia, es decir, al abandono de todo saber general, sino que el éxito de una deliberación correcta estriba precisamente en poder encontrar un justo medio que relacione la situación concreta con el saber general o las imágenes directrices que se puedan tener acerca de conceptos como la justicia, la solidaridad, la dignidad, etc.

⁵ Esta palabra griega usualmente se traduce al español como prudencia, lo que puede causar, en un principio, algunos malentendidos, ya que el término “prudencia” es comúnmente asociado con un excesivo cuidado y una extraordinaria moderación. Para evitar este tipo de equívocos hemos decidido mantener, a lo largo del texto, la palabra original griega.

⁶ Aristóteles, *op. cit.*, 1140a 25-29.

⁷ Cfr. Hans-Georg Gadamer. *Verdad y Método I*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2003, p.p. 388-389.

Esta última aclaración es sumamente relevante porque nos recuerda la importancia de los saberes compartidos en un contexto histórico y social, y la relevancia de la aplicación para la redefinición de estos saberes. Como es conocido, nuestro actuar se encuentra enmarcado en ciertas formas comunitarias de vida, costumbres y experiencias que nos hacen lo que somos. Es de este acumulado que surgen saberes generales que afectan la acción, pero ellos sólo ganan concreción en la aplicación propia de la *phronesis*. Por esto es que estos saberes no pueden ser determinados con independencia de lo que reclama la situación y es también por esta razón que cada vez que estos saberes son aplicados, son ellos mismos modificados y redefinidos.

Dado que el saber de la *phronesis* es exigido por cada situación concreta, no se presenta aquí -como sí sucede en la *tekhne*- la organización de los medios hacia un fin, ni tampoco la elaboración de un diseño previo para predecir los acontecimientos. Tal como lo resalta Aristóteles, la *phronesis* debe considerar lo particular. Así, en vez de subsumir los diferentes casos bajo una regla universal, la *phronesis* se detiene en cada evento específico. Es por esto que la deliberación propia de este saber no se aprende por medio de un manual, sino a través de experiencias genuinas. Aristóteles señala que lo particular se hace familiar por medio de la experiencia y esto es tanto como decir que es precisamente *deliberando* que se aprende a deliberar correctamente.

La indistinción entre la práctica y la fabricación

Evidentemente, en el anterior apartado no se buscó profundizar en la ética aristotélica, sino hacer explícita la diferencia entre *tekhne* y *phronesis* con la intención de delimitar los posibles significados de estos conceptos. Pero más allá de un mero ejercicio teórico de interés expositivo, el retorno a esta distinción aristotélica tiene un valor importante en las discusiones actuales acerca de la política de corte libertario. Así, ahora tal vez se haga más claro, que cuando mencionábamos en los párrafos introductorios que en nuestro tiempo la práctica se confunde con la fabricación, estábamos refiriéndonos a la adopción del modelo de la *tekhne* por parte de la práctica. Ahora bien, como intentaremos mostrar, lo que se vislumbra en esta confusión del actuar con el hacer es un desconocimiento del saber de la práctica, y la reducción de la política a un ejercicio de tecnocracia.

Como es sabido, en nuestra época, la práctica es el indispensable complemento de la teoría. Pero esta teoría, no entendida en un sentido griego, es simplemente un modelo validado de antemano que se aplica a la realidad. En efecto, simplificando bastante, el saber teórico actual toma sus lineamientos esenciales del modelo de las ciencias matemático-deductivas⁸. En éste se descubren leyes más o menos universales, partiendo de la observación empírica, para después aplicarlas a la realidad buscando explicar y prever deductivamente los futuros acontecimientos. Es bajo este criterio de predicción y planificación de la realidad que se entiende la similitud de la práctica actual con la *tekhne*. Justamente, como veíamos más arriba, en la *tekhne* se aplica un modelo previo, al proceso de producción, para conseguir un resultado determinado.

Ahora bien, en la medida en que la práctica se concibe desde el modelo de la *tekhne*, ella es violentamente despojada de todo saber. La práctica es entonces pura aplicación, puro hacer que puede ser medido con criterios de eficacia, utilidad y funcionalidad. De esta manera, el saber se encuentra únicamente en el ámbito de la teoría y, por ende, la práctica sólo existe para ser dirigida. Pero además, la total dependencia de un supuesto saber previo, ordena a la práctica dentro de los límites de la planificación. El modelo puede deducir, de sus premisas, los posibles acontecimientos, eliminando así la irrupción de nuevos sucesos. Esta eliminación, como ya se había anticipado anteriormente, es la anulación de la pluralidad. Esto, porque todos los acontecimientos son inscritos en un plan que busca conseguir un fin determinado y, por lo tanto, su sentido particular, es sacrificado en aras del resultado a obtener. Por último, si se afirma que la práctica no aporta ninguna modificación al modelo que la guía, se reconoce que este modelo puede ser elaborado por personas externas a la práctica misma. Por ende, los modelos podrían ser únicamente el resultado de los cálculos y deducciones de unos pocos expertos.

Pero, aún teniendo en cuenta las anteriores consecuencias, alguien podría objetar que no habría problema alguno en la indistinción entre *tekhne* y práctica, ya que el fundamental hacer humano que fabrica casas, puentes, acueductos y demás, funciona exactamente como aquel modelo que hemos venido describiendo. No obstante, es precisamente aquí donde se encuentra el dilema más complejo. ¿Acaso puede el saber de la *tekhne* ser aplicado al

⁸ Para esto Cfr. Luis Eduardo Gama. "Praxis, experiencia y recuerdo". En: *Al Margen*, N° 9, Bogotá, Marzo 2004, p. 68.

ámbito público, donde los seres humanos se constituyen como tales? O, si retornamos a las palabras de Santillán ya citadas, ¿pueden los seres humanos compararse con las piedras unánimes y manipulables que son utilizadas en la construcción de una casa? Estas preguntas se tornan aún más pertinentes si consideramos que es en la práctica que nos relacionamos como seres humanos en plural, es decir, como seres diferentes que nos exponemos a los otros, que discutimos y deliberamos a través del discurso para crear un espacio público y compartido. Pero aún más, si concebimos la política fuera del ámbito del Estado y si abogamos por la construcción de una sociedad libertaria donde sean los seres humanos en igualdad y pluralidad los que construyan sus propios asuntos vitales, el reemplazo de la práctica por el modelo de la *tekhné* puede resultar claramente desastroso. Una política orientada por un programa previo que busque planificar y dominar de antemano los acontecimientos que pueden presentarse en el accionar de los seres humanos, es ciertamente la anulación de toda pluralidad, novedad y construcción colectiva en el ámbito público. La política se tornaría entonces en una tecnocracia, donde serían los expertos los encargados de diseñar modelos a los cuales someter la realidad.

Lo interesante es que esto no sólo se presenta en la manera en que la fase actual del capitalismo organiza la vida de los seres humanos, sino que también es un asunto común en muchos de los movimientos que resisten a tal sistema. Es precisamente a esto a lo que hace alusión Santillán en las palabras que hemos venido reseñando. No muy lejos del accionar de Bakunin y aceptando las palabras de Malatesta –“no hay una solución, sino mil soluciones a los problemas sociales”-, Santillán señala que los programas –sean estos de izquierda o derecha- instituidos como normas inamovibles y aplicables a todos los asuntos humanos, cercenan la acción colectiva y su inherente incertidumbre. Por eso, seguidamente a lo que hemos venido citando, Santillán afirma:

“La vida social ha resultado hasta aquí tan poco armónica porque fue construida con planes de arquitecto; pero la sociedad que nosotros queremos no puede ser construida bajo una dirección suprema; debe ser un fruto colectivo, de la experimentación y de la adhesión espontánea”⁹.

Ciertamente esta reivindicación de la experimentación y espontaneidad es una de las objeciones más evidentes contra la adopción del modelo de la fabricación en la práctica

⁹ Frank Mintz y Antonia Fontanillas, *op. cit.*, p.p. 9-10.

humana. La experiencia directa de los acontecimientos abre las puertas a la consideración de cada evento particular, a la incertidumbre propia de la acción y a la deliberación colectiva frente a los impredecibles sucesos que caracterizan a la práctica humana; todas éstas, cuestiones que se ven anuladas en menor o mayor medida en el saber de la *tekhne*. Así la distinción que hemos recogido de Aristóteles y que ahora se expresa en nuestra situación concreta, vislumbra que la práctica humana debe ser abordada en su completa dimensión. Esto quiere decir que no debe ser reducida a un modelo de aplicación de teoría, sino tomada en su propio terreno. Si esto es tenido en cuenta, una reivindicación de la práctica no debe significar la mera exaltación de los actos desmedidos y precipitados, sino, por el contrario, el reconocimiento de que hay también en la práctica misma un saber que nos permite orientarnos en nuestro entorno y enfrentar las posibles situaciones. Por eso, en referencia a esta última cuestión, es sumamente importante insistir sobre un matiz: en el plano de la política –en el cual se ubican las afirmaciones de Santillán–, reivindicar el papel de la práctica no significa recurrir al extremo de negar el rol de la planeación en la acción colectiva, sino reconocer que dicha planeación no es definitiva y que la práctica misma, en su confrontación directa con los acontecimientos, exige que cada situación concreta sea tomada en su especificidad.

Ahora bien, si asumimos que en el ámbito de la política nuestro accionar se caracteriza, entre otras cosas, por lo común, por la imprevisibilidad y por la pluralidad, debe resultar ahora claro que ésta no puede ser abordada con los criterios de la fabricación. La no-reducción de la práctica al saber de la *tekhne* está relacionada, precisamente, con la posibilidad de concebir una política que no quede apresada dentro de los rígidos esquemas de la fabricación. Es justamente aquí donde la *phronesis* puede realizar sus más interesantes aportes, ya que siendo éste un saber que no se determina con independencia de la situación y que, a la vez, toma en consideración los saberes generales compartidos, ella permite pensar en una política atenta a la novedad y a la particularidad del acontecimiento. Es en este sentido, que resulta posible afirmar que una política que se llame a sí misma libertaria, no debe olvidar que una transformación de las condiciones existentes se construye desde la práctica misma.

Bibliografía

Arendt, Hannah. *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 1993.

Aristóteles. *Ética Nicomáquea*. Madrid: Gredos, 1985.

Frank Mintz y Antonia Fontanillas. *Diego Abad de Santillán. Historia y vigencia de la construcción social de un proyecto libertario*. En: Revista Anthropos, Suplementos #36. Barcelona: Editorial Anthropos, Enero de 1993.

Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y Método I*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2003.

Gama, Luis Eduardo. "Praxis, experiencia y recuerdo". En: *Al Margen*, N° 9, Bogotá, Marzo 2004.

Gutiérrez, Carlos B. "Ética y Hermenéutica". En: *Temas de filosofía hermenéutica*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia y Ediciones Uniandes, 2002.